

el numen de la patria, era la patria misma consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangi-

ble, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

1905.

## SAMUEL BLIXEN

*Discurso pronunciado, en representación del Círculo de la Prensa, al inhumarse los restos de Samuel Blixen, el 23 de mayo de 1909*

Señores:

Cumplo, en nombre del Círculo de la Prensa, el penoso deber de dar la eterna despedida al que fué nuestro vicepresidente, al que fué nuestro compañero, al que fué el amigo personal y carísimo de todos los que le tuvimos a nuestro lado en las tareas iniciales de nuestra institución.

No es éste un duelo de la prensa, es un duelo más alto, es un duelo más hondo, es el duelo de toda una sociedad. Pocas veces la crueldad de la muerte ha elegido una víctima que por más distintos conceptos mereciera ser lamentada. En la ansiedad angustiosa con que hemos seguido el rápido proceso de esa inesperada, de esa brutal agonía, y en el clamor de consternación que ha levantado el anuncio del aciago desenlace, mézclanse notas que manifiestan muy diversos motivos de dolor. Es la prensa de Montevideo, que deplora la pérdida de un periodista insigne; es la literatura nacional, que ve trozada la pluma de un escritor inimitable; es un partido político, que lamenta el vacío que ha dejado en sus filas uno de sus grandes elementos de porvenir, destinados a ser fuerza preciosa de moderación y de cultura; es la vida de sociedad, que pierde el ornamento de un espíritu favorecido con todas las atracciones y todas las gracias; y por sobre todo eso, es la amistad, señores; es

la amistad, que no tiene consuelo, porque ha sido herida en quien merecía su más apasionada adhesión.

No se incurriría esta vez en una vulgaridad, mil veces repetida, si se dijera que la desaparición de Samuel Blixen es de aquellos infortunios cuya intensidad sólo se mide exactamente después que se producen. Habíamos identificado de tal modo con el ambiente que respiramos la presencia de aquel espíritu luminoso, jovial, pródigo siempre de inteligencia y simpatía, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos habituemos a no verle en su encarnación corpórea, a no escuchar el encanto de su palabra; y nuestra sensación será como si hubiese en torno de nosotros menos luz, menos color, menos belleza... Es que la personalidad de Samuel Blixen tenía una significación tan escogida como rara a nuestro alrededor: representaba al hombre de talento que ha logrado salvar la libertad de su espíritu frente a las tentaciones de la pasión política y de la utilidad, y que se consagra, con entusiasmo impenitente, al culto de las imágenes de belleza y de espiritualidad que le cautivaron al ver abrirse ante sus ojos el espectáculo del mundo.

Pudo aspirar, en la vida pública, a todos los éxitos y todos los honores que le aseguraban su talento incomparable y los prestigios y seducciones de su persona. Pero él hizo abnegación de las ambicio-

nes de poder y fortuna: y prefirió pasar por la vida, fiel a los sueños desinteresados de su juventud, cosechando las flores del camino, como en un alegre paseo, con ese soberano desdén de las ventajas materiales que halagan y esclavizan al vulgo de los hombres, pero que acaso no són capaces de proporcionarles las íntimas venturas con que los sueños de alas impalpables favorecen a estos privilegiados del espíritu.

Para caracterizar su naturaleza moral habría de imaginar una eterna alma de niño, con todo el candor, con toda la alegría, con toda la gracia, con toda la levedad ideal de una infancia respetada por el tiempo. Había esculpida en su fisonomía espiritual una dulce y bondadosa sonrisa.

Dotado de todos los refinamientos y todas las exquisiteces de una naturaleza aristocrática, complementada por la educación y por los hábitos de la sociabilidad, tenía, al propio tiempo, la sencillez y la llaneza de un hombre del pueblo, y su don de simpatía se comunicaba a los pequeños y a los grandes, a los poderosos y a los humildes. Era un espíritu admirablemente organizado para ser dichoso, porque llevaba la condición de la felicidad en sí mismo: en su despreocupación infantil, en su placidez, en su optimismo, en su benevolencia; y por esto es tanto más cruel y tanto más injusta la fatalidad, que interrumpe el mejor del camino, una vida que parecía destinada a coronar la plata de su vejez con las rosas de Anacreonte.

El nombre de Samuel Blixen vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte. Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del amor de lo bello, de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría a asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal com-

prendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad. Su gran pasión literaria fué, como todos sabéis, el teatro, y su nombre será glorificado siempre como el del fundador del teatro nacional. En ambiente más propicio habría desenvuelto ampliamente las admirables facultades de gracia, de delicadeza y espiritualidad, que resplandecen en las obras primorosas que nos ha dejado y que sobrevivirán a todos los cambios de escuelas y de gustos. En nuestro periodismo fué un invalorable elemento de cultura, de interés, de originalidad, que decidía por sí solo, con los fascinadores prestigios de su pluma, el éxito del diario a que se vinculaba. En la crítica de literatura y de arte, la obra de Blixen señala en nuestro país un punto de partida, una iniciación caracterizada por la fineza del criterio, la erudición selecta, la caballeresca impersonalidad y la singular belleza de la forma. La maravillosa facilidad de aquel estilo transparente y ágil, como un manantial intacto, será igualada alguna vez, nunca superada. Era un cultivador de la ironía; y, observación que enaltece tanto el temple moral del hombre como el gusto exquisito del escritor: nunca puso en su ironía, ni aun en el enardecimiento de la polémica, ni aun repeliendo el ataque personal, una sola gota de veneno. La benignidad de su ironía brotaba de la superior cultura de su gusto, pero brotaba también de una fuente más honda: brotaba de la bondad del corazón.

Tenía el supremo don de la crítica: el don de admirar. Y admiraba sin restricciones, sin reservas, con la efusión generosa de un entusiasmo siempre pronto a fluir en raudales de elogio, donde la benevolencia infinita no era obstáculo para que se transparentase la delicadeza de su juicio y de su gusto. La virtud estímulo y animación que ejerció su crítica, en nuestro medio, es inmensa. Si entre las voluntades indecisas y forta-

lecer las esperanzas de los que empiezan, en literatura y en arte, es una forma de hacer el bien—¿y quién puede dudar de que lo sea?—, la crítica de Blixen fué una grande obra de bien. A muchos, a muchísimos, alentó: no puso estorbos a nadie. En la gratitud personal que yo le debo, interpreto la de mi generación y la de los que han venido después de ella. Todos los que manejamos una pluma, o un instrumento de arte, todos le debemos un estímulo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración.

Una sociedad entera le llora, pero hay una parte de la sociedad que singularmente debe llorarle. Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia a labrar, en el alma de un pueblo nuevo e inestable todavía, un refugio para el pensamiento desinte-

resado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esta vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta... Pero en las compensaciones ideales de la muerte, que acrisola y baña de perenne luz las realidades queridas que nos arrebató, el recuerdo de Samuel Blixen será perdurable inspiración de nuestros esfuerzos, estrella propicia en las horas del desaliento y de la decepción.

¡Duerme en paz, amigo y maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida! ¡Y si de la infinita profundidad misteriosa donde se ha abismado tu espíritu algo puede descender sobre la tierra, sigue irradiando, desde allí, sobre nosotros, tu gran sueño de belleza, tu gran sueño de arte, tu gran sueño de idealidad!